

La Puerta de Neptuno

Luciano Ramirez



Image not found.

Capítulo 1

Parte I: Desencuentro

Tan cierto ha sido el destino que alguna vez me vaticinaron, mi corazón ha sido saqueado. Sin cuidado lo han extirpado de mi cuerpo flagelado. Sin miramientos, piedad ni esmero, me han apartado de lo único noble que alguna vez me fue propio. ¡Ay de mí! ¿Es que acaso no podré amar nuevamente? ¿Tan profanos han sido acaso mis pecados para que hoy se me excrete de esta forma, carente de medida?

¡Rogaré a los astros entonces! A Saturno el justo, le imploro que tenga a bien mi indulgencia. Venus, tan cara a mis sentidos, a usted me dirijo, ¡concédame sosiego! ¡Resguarde mi desventurado sino de esta cruenta condena, mas sin amor no podré ni querré vivir! Sin él, preciada razón e instrumento de mi vida, seré una mera entidad irreverente, sin propósito ni sueños, sin penas ni lágrimas vivas, sin emociones, sin recuerdos.

Oh, ¡cuán triste es el rostro que hoy me muestra la vida! Ella, la que alguna vez ha sabido sonreírme junto a la limpidez del alba, besándome en las sombras del crepúsculo, hoy no me devuelve la mirada. Ya no se enaltece su alma al oír mis cantos, que una vez fueron suyos. Mucho menos guarda ya en su memoria la tarde prodigiosa del estío cuando, con el mar como testigo, postré mi orgullo a sus pies y entregué el sino de mi vida a sus manos, declarándole mi amor hecho canción. Allí ha sucumbido mi vida.

Finalmente comprendo esta desdicha que hoy se aglutina en derredor. Mi amada ha pasado por alto mi ofrenda y ha olvidado mi canto, pues éste ya no reverbera en las paredes de su alma, ni entumece sus sentidos. Hoy mi amada ha roto el lazo que yo creía sempiterno y se ha entregado a nuevos placeres; nuevos rostros hoy veneran sus ojos. Otros mortales son ahora sus flamantes elegidos. ¿Más dignos que yo? Oh, fervientemente lo dudo. No obstante he de admitir, aunque me cueste la salud hacerlo, que en verdad son más afortunados, pues los fuegos de la juventud arden en ellos altivamente y sus maneras pueriles son su más grande encanto. Contra tales cualidades ya no puedo medirme.

Parte II: Discernimiento

¿Qué resta entonces para mí? ¿Qué me depara el veredicto de los astros? ¿Con qué me encontraré una vez quiten el velo de mis tribulaciones? Neptuno, maestro onírico, quizás guíe mis pasos hacia mis más prominentes fantasías; allí debo encontrar yo la respuesta. Allí, en el fluir de las inquietudes irresolutas, en las frías sábanas del misterio candente, en el país jamás soñado, donde la tierra es el firmamento, donde

descansan los errantes y perecen los falsos profetas.

Conforme ahondo en mis propias cavilaciones, Mercurio acude en mi socorro. El sacro mensajero toma mi mano y entonces comienza mi viaje. Me regocijo, pues mis súplicas han sido oídas, empero mi pena aún no ha de ser purgada, pues mis atavíos pertenecen a este mundo terreno y mi balsa navega en la amena superficie.

Despojado de todas mis virtudes, soy arrojado ante la puerta de lo insondable, la casa de Neptuno. El aire allí es denso y la niebla se alza suntuosamente por todo el espacio. Un coro se oye a lo lejos, acercándose a paso raudo y tenaz. Urano, protector de la sabiduría y maestro de llaves, se presenta ante mí. Sus ojos son los de mil hombres y su voz es la de la completa humanidad. Me observa de pies a cabeza, me desprecia y me venera; me profesa la más pura candidez y la más ominosa indiferencia. Vuelve a sí, dándome la espalda. La niebla comienza a disiparse, aunque la gélida temperatura sigue escarpando mi piel. Urano me abandona, no sin antes darme las indicaciones para abrir la puerta delante de mí.

Llave no necesitas, la llevas dentro. ¡No personalices el amor! No eres uno y, sin embargo, aún no alcanzas la totalidad. Desvístete de ti mismo y cruza el umbral. Muere para volver a nacer.